

18. Todo llega a ser posible

Nuestra conversión en la fidelidad a nuestra vocación y a sus exigencias no es un proceso de nosotros hacia nosotros mismos, sino que es obra de la gracia, del Espíritu Santo que da al corazón humilde poder morir con Cristo para resucitar con Él, es decir, pasar de la muerte a la vida en el amor de Cristo que viene a vivir en nosotros, por el Espíritu, la vida filial hacia el Padre y la vida fraterna hacia el prójimo.

Permitir este paso abre nuestra vida a lo imposible, hace posible lo imposible. Cuando Jesús dijo que sería difícil que un rico entrara en el Reino de Dios, los discípulos se asustaron, porque todos se sentían incapaces de desprenderse de todo por Cristo. Pero Jesús dio la respuesta consoladora, que es el secreto de toda vocación realizada y, por tanto, de toda santidad: “Es imposible para los hombres, pero Dios lo puede todo” (Mt 19,26).

Pero este tema de lo imposible que se hace posible por la gracia de Dios me hace estar atento a un capítulo de la Regla que tuve que comentar recientemente en Vietnam y que en cierto modo he redescubierto. Es el capítulo 68 el que trata de las “órdenes imposibles” que puede recibir un hermano.

Volvamos a leerlo:

“Cuando a un hermano le manden alguna vez obedecer en algo penoso para él o imposible, acoja la orden que le dan con toda docilidad y obediencia. Pero, si ve que el peso de lo que le han impuesto excede totalmente la medida de sus fuerzas exponga al superior, con sumisión y oportunamente, las razones de su imposibilidad, excluyendo toda altivez, resistencia u oposición. Mas si, después de exponerlo, el superior sigue pensando de la misma manera y mantiene la disposición dada, debe convencerse el inferior que así le conviene, y obedezca por caridad, confiando en el auxilio de Dios.”

Este capítulo de la Regla está lleno de humanidad y de un sentido cristiano de la libertad, la autoridad y la obediencia. Nunca es suficiente, para San Benito, obedecer por la fuerza, como máquinas que no piensan y no discernen lo que deben hacer. San Benito quiere que el monje sea siempre capaz de obedecer con libertad consciente, incluso cuando la obediencia es extenuante.

San Benito habla aquí de órdenes pesadas e incluso *imposibles*. ¿Cómo se pueden hacer cosas imposibles? Hace falta un milagro, es decir, hace falta la intervención de Dios. Quizás aquí San Benito pensó en la escena de la Anunciación, cuando María, después de escuchar al ángel Gabriel, hizo lo que la Regla le pide que haga aquí con el abad: explicó humildemente las razones de su imposibilidad: “¿Cómo será eso, pues no conozco varón?” (Lc 1,34). A continuación, el ángel explica a María que es el Espíritu Santo quien actuará en ella, y que puede tener confianza, porque “para Dios nada hay imposible” (Lc 1,37).

María obedece entonces, sin vacilar: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Es como el final del capítulo 68 de la Regla: “debe convencerse el inferior que así le conviene, y obedezca por caridad, confiando en el auxilio de Dios” (RB 68,4-5).

Pero a partir de esto entendemos que lo que debe ocurrir entre el monje y el abad es un proceso muy importante. Al fin y al cabo, se trata de pasar del sentimiento de nuestra impotencia para hacer la voluntad de Dios a la entrega confiada y amorosa que permite al Espíritu Santo descender sobre nosotros para hacer posible lo imposible, para darnos la fuerza y la capacidad de hacer la voluntad de Dios.

Me doy cuenta por primera vez de que, para llegar a esta obediencia llena de amor y confianza en Dios, es necesario un “camino sinodal” entre el monje en dificultad, que se siente frágil y temeroso, y el abad que está llamado a guiarlo.

Este capítulo refleja el capítulo 3 de la Regla sobre la reunión de los hermanos en consejo. La relación personal de un monje con el abad refleja lo que ocurre entre el abad y la comunidad cuando se reúnen en consejo. También allí se busca la voluntad de Dios y se invita a todos a expresar libremente y con humildad su opinión. Se invita al abad a escuchar y luego a meditar y discernir sobre lo que escucha. Así, incluso el monje individual del capítulo 68 acude al abad para un pequeño sínodo personal. Expone su problema, humildemente, sin imponer su opinión, y luego deja que el abad decida lo que realmente puede hacer.

Tanto el monje como el abad deben estar dispuestos a recorrer un camino en diálogo pacífico, escuchando bien al otro, hasta al fondo. Si existe esta actitud en ambos, en última instancia la decisión del abad expresa un consenso, aunque el hermano se deberá esforzarse por hacer lo que se le ordena.

El encuentro sinodal entre el monje y el abad, aunque quizá no cambie nada en la decisión, es decir, aunque no cambie nada exteriormente, si se vive bien, produce un resultado muy importante: el monje sale consciente de que el abad es consciente de todo lo que conlleva su orden, y sobre todo sale consciente de que el abad camina con él, de que están en un “camino juntos”, es decir, que viven su relación y su vocación de forma sinodal. Y esto es muy importante.

Muchas veces el Señor nos da la fuerza para soportar cosas imposibles a través de la certeza de que no estamos solos, de que somos acompañados, escuchados y sobre todo amados. Entonces tenemos también la experiencia de que la tarea que supera nuestras fuerzas no es un muro contra el que nos estrellamos, ni un abismo al que nos arrojamos, sino un camino escarpado que nos lleva más arriba en la senda de la vocación, un camino que nos permite seguir a Jesús más allá de lo imposible, es decir, donde nos conduce el Espíritu Santo, la gracia de Dios y, sobre todo, la caridad que ama a Dios y a los hermanos más que a nosotros mismos porque nos sentimos amados infinitamente por el Padre, como hizo Jesús cuando entró en la Pasión por nuestra Salvación sin dudar.